
I.- Discurso del señor Ministro del Interior

Doctor Sótero del Río, en representación del Supremo Gobierno

SEÑOR RECTOR

EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA CORTE SUPREMA

EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS

EXCMOS. SEÑORES MINISTROS DE ESTADO

SEÑORES EMBAJADORES

SEÑORES, SEÑORAS

La época en que le correspondió actuar al ex Presidente de la República, don Manuel Montt, a quien hoy la Universidad de Chile ha querido hacerle justicia con ocasión del centésimo quincuagésimo aniversario de su nacimiento, es una de las más interesantes en la historia del siglo pasado del país, no sólo por los acontecimientos que en ella se produjeron, sino por las repercusiones que tuvo para el futuro de nuestra Patria en formación y muy especialmente por las enseñanzas que nos dejara.

Hacia 1840 los grandes conceptos de bien público implantados en años anteriores por quien se considera, con razón, el organizador de la República, don Diego Portales, comienzan a esfumarse y manifiestos signos de anarquía y desorden se diseñan por todas partes con fuerte influencia negativa en la dirección política y administrativa de la Nación. Sólo en unos pocos espíritus superiores se guardan incólumes sus concepciones sobre autoridad, moral, honradez, laboriosidad, progreso, austeridad, sacrificio y abnegación con posesión permanente del interés particular al bien común. Todos estos factores indispensables para actuar en la cosa pública con beneficio colectivo, fueron preocupación constante y motivo de lucha incansable para constituirlo en realidad del gran ministro asesinado.

Uno de los hombres que aparecía con mayor fuerza identificado con dichos conceptos, seguramente por haberse compenetrado a fondo de ellos cuando trabajó a las órdenes de don Diego Portales en el Ministerio del Interior pero, sobre todo, porque cuadraban exactamente con su recia estructura intelectual y moral, fué don Manuel Montt. Y esto a pesar de las diferencias ideológicas entre ambos, pues don Manuel Montt era sinceramente religioso. En todos los puestos de responsabilidad que desde muy joven ocupó, sea en la enseñanza, en la administración pública, en el Congreso y en la Magistratura, sus actos no desmintieron jamás los elevados propósitos de bien público que lo inspiraban.

En 1851, a la edad de 42 años, fué elegido Presidente de la República después de haber servido con gran brillo los cargos de Ministro del Interior, Presidente de la Cámara de Diputados y de la Corte Suprema de Justicia.

Resulta de interés recordar como se llegó a su elección, pues a pesar de que formaba parte del partido pelucón que a la fecha era el más fuerte poder electoral, no era, según los historiadores, la persona que representara genuinamente las aspiraciones de esa colectividad. Por otra parte, no era discutida la influencia decisiva que tenía el Presidente en ejercicio en la designación del sucesor.

No se sabe bien si don Manuel Bulnes, que terminaba su período y que era condecorador de las excepcionales dotes que adornaban la personalidad de don Manuel Montt y que sabía además, de su desinterés y carencia de ambiciones para sucederle en la Presidencia, lo impuso al Partido o si fué éste que en búsqueda de un hombre de relevantes condiciones, aún sin sentirse estrictamente interpretado ya que bien conocía sus ideas pero que podría contra-

rrestar las manifestaciones libertarias que empezaban a concretarse con mayor vehemencia por la influencia de los escritores franceses de comienzo de siglo y sobre todo por la caída de la monarquía en Francia en 1848, lo prefirió a cualquier otro y también teniendo en cuenta que era de sus propias filas.

Sea lo que fuere, el hecho es que don Manuel Montt en la Presidencia de la República, sin faltar a sus compromisos y deferencia con los que lo eligieron, actúa con independencia y como Presidente de todos los chilenos y sólo como representante de los intereses generales.

Muchas fueron las dificultades políticas que debió vencer, las tuvo de todo orden: revoluciones, dificultades en su propio partido, luchas religiosas etc. Nada por suerte, perturbó ese ímpetu formidable que imprimió a todas las actividades nacionales y consiguió colocar a la República a un nivel tal de progreso, de organización y orden institucional que la hizo digna de la admiración y respeto de todos los otros países latinoamericanos.

Fué, sin embargo, furiosamente atacado con las más evidentes injusticias por personas y agrupaciones movidas generalmente por intereses subalternos y también por idealistas que actuando siempre fuera de lo real estimaban que se debía proceder con la mayor celeridad para lograr sus propósitos corrientemente utópicos. Se organizó una fuerte oposición que tuvo una mayoría en el Senado que no despachaba la ley de presupuesto. En esta ocasión el Presidente llegó hasta redactar su renuncia que para felicidad de los chilenos no se materializó y que refleja su personalidad, decía así: "No me es posible renunciar a mis principios ni aceptar las condiciones bajo las cuales la mayoría del Senado acordaría los presupuestos, tampoco es posible dar el funesto ejemplo de faltar a la Constitución. No puedo, pues, gobernar en la situación en que me coloca la mayoría del Senado. Esa imposibilidad moral para un hombre de convicciones y de patriotismo es más invencible que una imposibilidad de otra clase y ella os precisa a admitirme la dimisión que hago de la Presidencia de la Re-

pública y admitirla sin demora para que el país no sufra". También en su mensaje al Congreso en 1860, se lee algo que nos lo retrata y fija su posición realista: "He huído de las exageradas ideas de los que imaginan que puede con frutos impulsarse el adelantamiento de un pueblo, sin tomar en cuenta su estado y los elementos que lo constituyen, así como de aquellos que, desconociendo el movimiento del progreso a que todos los pueblos obedecen, sólo ven los peligros de las innovaciones, y sin buscar los medios de hacerlas efectivas, dejan con indolente inercia que el curso del tiempo obre por medios violentos lo que debió ser resultado natural de ese impulso de perfección dirigido con prudencia".

El decenio de la Presidencia de don Manuel Montt deja para la República, progresos inmensos de todo orden material, pero donde alcanza su valor inestimable y que supera cuanto se pudo esperar es en la recuperación de la moral pública y privada cuyos efectos habrían de perdurar por muchos años después de terminado su período.

No podría dejar de recordar en esta casa el extraordinario impulso que recibió la enseñanza tanto primaria, como secundaria y superior y la difusión de la cultura que afianzó cimientos que le han permitido una superación constante.

La acción de gobernante de don Manuel Montt constituye un ejemplo en que rivalizan el patriotismo, la capacidad, la honradez y la moral y dentro de estas virtudes un invencible afán de progreso que habría de traducirse en un mejoramiento de la situación económica en el implantamiento del orden y respeto a la ley y en el realce de los valores morales e intelectuales, lo que significó en conjunto el afianzamiento de la República y sus instituciones en forma definitiva.

Nada más justo entonces, el homenaje que hoy rinde a este ilustre ciudadano, político y estadista la Universidad de Chile, al cual el Gobierno se adhiere por cuanto considera la vida y acción de don Manuel Montt como una fuente inagotable de enseñanza que los chilenos debemos aprovechar y tratar de aplicar.